



"ECRAN" 5/3/69

la página de SERGIO VODANOVIC

SE fue Franklin Caicedo. Un par de entrevistas, algunas reuniones íntimas de despedida y después... ¡chao, que te vaya bien!

Los que vamos quedando, seguimos metidos en nuestra salsa, oyendo el último chisme del ambiente artístico, marcando el paso, esperando el próximo estreno que pasará tan inadvertido como el anterior.

Sin embargo, tras la noticia de la partida de Franklin Caicedo se esconde un drama que nos toca a todos. No sólo a los artistas, al país entero. La partida o más propiamente la huida de un actor, un poeta, un pintor o un escritor es tan frecuente que ya ha dejado de ser noticia. Hace

estadísticas, censos y cuadros comparativos. Pero lo que no es mensurable, lo que escapa a los cálculos de porcentajes y a la evaluación científica, es la riqueza espiritual de un pueblo; aquello que lo identifica y lo valoriza respecto a otros pueblos y le permite trascender.

Diríase que hay quienes piensan que lo que no cabe en un gráfico estadístico no existe. De otro modo no puede entenderse la despreocupación y hasta la frivolidad con que se observa, sin inmutarse, la fuga de los talentos chilenos hacia otras latitudes.

No pasa, por cierto, otro tanto, con la llamada fuga de cerebros. Ellos son científicos, tec-

que poco o nada tienen que ver con el bagaje cultural que aporta el ejercicio del arte.

CUANDO se observa lo que está sucediendo en otros países —próximos y lejanos— en el campo de la creación artística, uno advierte en qué forma ellos están vivos, buscando y experimentando nuevos medios de expresión que correspondan a la época que se vive. Y se contempla, no sin envidia, la presencia de corporaciones públicas y privadas que incentivan a poetas, escritores, pintores, autores, músicos y actores a expresarse y a expresar a su comunidad.

La verdadera historia no la escriben los gobernantes, sino los artistas. Ellos, como testigos de su tiempo, van dejando marcado el rostro indeformado por presiones ocasionales de lo que verdaderamente ocurre en un pueblo y la magnitud de las transformaciones que ellos experimentan. Shakespeare y Dickens nos dicen más de sus respectivas épocas que cualquier tomo de historia con el desarrollo político de Inglaterra.

Así lo han comprendido las grandes naciones al proteger su cultura y a quienes son vivos exponentes de ella. Así lo están entendiendo los pequeños países.

¿Y qué pasa en Chile?

Ningún esfuerzo se ha hecho en los últimos veinte años para habilitar nuevos canales para su desarrollo artístico cultural. Y como resultado, nuestros talentos o se frustran o huyen o, lo que es peor, se mantienen con la pequeña satisfacción de contar con una decena de admiradores y apagan así sus ansias de perfección y de trascender.

Cierto es que para abrir los ojos a esta dolorosa realidad y ponerle remedio se requiere de políticos con miras más altas que los recuentos de votos y con tecnólogos que sepan levantar los ojos de los gráficos estadísticos.

Y teníamos entendido que esos políticos y esos tecnólogos eran cosa del pasado.

¿O no?

TRAS LA HUIDA DE FRANKLIN



un tiempo largo ya que Chile ha dejado de ser tierra hospita para los creadores, para quienes indagan la realidad íntima de la nación y en versos, cuadros, novelas o teatro nos muestran la imagen de lo que somos y lo que pretendemos ser.

Y nos estamos empobreciendo culturalmente, envenenados por un pragmatismo que, paradójicamente, tampoco es capaz de satisfacer las necesidades materiales del país.

LOS economistas tienen medios para medir el crecimiento o disminución de la capacidad industrial del país, la renta per cápita, los recursos naturales o la inversión humana en el campo de la ciencia y la tecnología.

Cientos de gráficos se pueden producir, mostrándonos una realidad económica, avalada por

nólogos, cuyo aporte a la riqueza material del país es perfectamente mensurable y susceptible de apreciación cuantitativa. Para ellos se busca la solución de darles incentivos para que vuelvan a la patria y estímulos para que permanezcan en ella.

Tal vez la diferencia está en el tan arraigado concepto que los artistas deben sufrir para ser mejores y quizás dentro de la planificación del progreso nacional hay quien haya decidido que mientras más dificultades y más vallas se atravesasen en el camino de los creadores artísticos, mejor será su labor creadora. Lo cierto es que, premeditada o no, la orfandad en que la actividad artística se encuentra en nuestro país ha permitido que, en forma masiva, la juventud que emerge se contamine con manifestaciones comercializadas de expresión popular,